

## SÉNECA Y LA ROMA IMPERIAL(\*)

No voy a tratar del hombre en escueta biografía, ni del filósofo en análisis crítico, con raíces y trascendencia. Nuestro homenaje debe consistir en una pesquisa histórica sobre la circunstancia en que se hizo el hombre, en una búsqueda de la verdad posible sobre la formación de Lucio Anneo Séneca a través de una vida envuelta en avatares diversos.

Trataremos de entender al niño que nace en Córdoba, en la Hispania más romanizada, el año 6 a. C., en la acomodada familia de un retórico afa- mado, que pasa parte de su niñez en Roma —recién estrenado el Imperio— y, parte de su juventud, en Pompeya y en Egipto, para reforzar su enfer- miza naturaleza y luego, hasta su muerte, en Roma, la Roma Imperial de Tiberio y Calígula, de Claudio y Nerón.

Esta Roma Imperial fue la circunstancia del filósofo. Parte de su yo sería su formación familiar y su educación filosófica y estudios jurídicos y retóricos; parte, la elaboración que su genio individual hiciese de los elemen- tos culturales que conformaron su vivir y, entre éstos, los asimilados por su puro vivir en el medio histórico de su tiempo. El yo total de Séneca —su yo y su circunstancia— no se plenificaría hasta el día de sus años 71 en que se hace matar en cumplimiento de la orden neroniana.

\* \* \*

En la vispera de Verdún, un oficial al que pregunta el general: ¿Tiene usted miedo? contesta: Mucho, mi General, pero estoy en mi sitio. Entre las normas militares de Mao-Tse-Tung, se dice: “Cuando el enemigo ataca nos retiramos; cuando descansa, atacamos”. Ante estas dos normas de vida y acción, ¿responderán igual los hombres que vivan en uno u otro contorno histórico? Pues, tal es nuestro propósito al ocuparnos del mundo imperial del siglo I que le tocó vivir a Séneca.

(\*) Conferencia pronunciada en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia, con motivo de la celebración del Centenario.

## 1. EL HOMBRE Y EL IMPERIO

Ser cordobés era ser pleno ciudadano del Imperio, aunque el niño Séneca notaría el cambio en su vida romana. Al nacer Lucio Anneo hacía trece años que Hispania estaba totalmente pacificada, aplastados militarmente en el noroeste los Cántabros, los Astures y los Galaicos. Seguro en el poder Augusto, reinaba la paz octaviana, cuya añoranza agudizaría cada vez más la actuación política de sus sucesores. Al comenzar el reinado de Tiberio, Séneca tenía 20 años; 43 años al subir al trono Calígula; 47 al ser proclamado Claudio Emperador; 54 al encargarse de la educación de Nerón y 60 años cuando a la muerte de Claudio los guardias pretorianos, dirigidos por su general Burro, aclaman, según Suetonio, a Nerón como Emperador y César. Séneca, el preceptor del barbirrojo adolescente de 17 años, sería su primer ministro. Años negros del filósofo, de los 47 a 54 años de su edad, fueron los pasados en Córcega desterrado por Calígula.

Séneca mismo (carta 108 a Lucilio) nos cuenta su educación en Roma, su asistencia a las clases de Atalo y el fervor con que acogió las predicaciones estoicas. Tanto, nos dice, que al volver a la vida social —a los 20 años fue nombrado senador— y por consejo de su padre, abandonó ciertas prácticas y abstinencia de carne que Tiberio perseguía. Mantuvo toda su vida normas austeras en su vida y alimentación, como no comer ostras ni setas; no perfumarse, no beber vino ni bañarse en agua caliente. Su abstención de carne se debía por una parte a evitar la crueldad que supone el derramamiento de sangre y, por la otra, a que, si como dice Pitágoras, hay transmigración de almas, la abstención nos evita incurrir en crimen, tal vez en parricidio. Aunque no fuese verdad esta teoría —utilitarismo *avant la date*— la frugalidad es sana, concluye Séneca, que en su vejez aún dormía en jergón duro, como recomendaba su maestro Atalo.

Este provinciano, educado a la romana, vivirá la sacralización del poder imperial, la divinización de la persona del Emperador, medio para obtener una justificación más alta que la proclamación de la guardia pretoriana y el impotente reconocimiento senatorial. Y lo trágico es que esta adulación orientalizante, fomentada por Calígula y Nerón, no la aceptaban Tiberio y Claudio, ya por carácter, ya por su mayor ilustración. Así Tácito nos cuenta cómo Tiberio escribe a Hispania y Laconia: Yo no soy más que un hombre mortal; honores divinos sólo corresponden a Augusto. Y de Claudio arranca, con estilo y sentido político más que carismático, una organización burocrática que será la base del sistema administrativo de los Flavios y Antoninos.

Querer resumir las características sociales del Imperio sería carga excesiva. Tal vez basten estas líneas de Rostovtzeff: “La alianza entre la burguesía y el proletariado de Italia, acaudillada por políticos ambiciosos y jefes militares, acabó con la hegemonía de los dos órdenes privilegiados de Roma —el senatorial y el ecuestre—, hasta entonces clases de grandes terratenien-

tes semifeudales y de hombres de negocios que debían su prosperidad material a la explotación de los recursos del Estado y a su riqueza su poder político." Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón liquidarían "políticamente" la lucha con su terrorismo cruel que aniquiló la influencia y aspiraciones de los magnates senatoriales de la República. La tensión, cuyo estallido tradicionalista se llama Bruto con César, se mantiene por el prestigio de Augusto y la presión de las clases en ascenso hasta que, a partir de Tiberio, se desencadena la distensión, que facilita la tiranía militar de los pretorianos.

Al margen de estos grupos de presión, más o menos alterada, hay otro contra el que todos aquellos aparecen unidos en un odio común: los filósofos. Los emperadores, los pretorianos, los senadores y los équites, los burgueses y los proletarios reían la inscripción funeraria de Trimalquión:

*Empezó como un hombre insignificante,  
llegó muy alto.  
Dejó al morir treinta millones de sextercios;  
jamás escuchó a un filósofo.*

Y celebraban las burlas de Marcial contra el estoico Queremon, que pretende ser admirado por su desprecio a la muerte: "Es su pobreza de mendigo lo que le da esa fortaleza de ánimo, el no tener por suyo más que un cántaro roto, un fogón frío, una estera, una chinche, un catre desnudo y una toga corta que por la noche le sirve de manta" (Friedlaender, 1130).

Sí. El camino de la filosofía no lleva a la alta sociedad ni a la riqueza y entonces, sin poder y sin dinero, ¿vale la pena vivir? Pero el vivir, acechado por las sirtes del absolutismo imperial, llevará a un triste y resignado ideal —como dice Carcopino— que muestra la anquilosis de las clases sociales de Roma, al menos. Cuando Marcial (X, 47) quiere señalar las aspiraciones del grato vivir señala:

"Una fortuna no adquirida por trabajo sino heredada,  
unas tierras que no sean ingratas,  
un hogar que no se apague,  
ningún proceso y pocas visitas,  
un alma en reposo y un cuerpo sano,  
amigos iguales, invitados indulgentes,  
mesa sin escasez, y veladas sin embriaguez,  
una mujer casta sin austeridad, sueño que abrevia tinieblas,  
la satisfacción de ser lo que se es sin preferir otra cosa,  
ningún temor al día final, ni deseo de más."

En este mundo, ya en su madurez Séneca, cuando tenía 47 años y reinaba Cayo Calígula, fue desterrado a Córcega por presunto adulterio con Julia Livilla, hermana menor del emperador. Agripina, también hermana de Calí-

gula, estaba ya casada con Domicio Aenobardo, sobrino nieto de Augusto. Drusila, segunda hermana, acabaría casada con su hermano, el emperador. Entonces escribiría su primera obra —*De la Ira*— que publicaría más tarde, reinando Claudio. Aunque el título, en aquel tiempo, parece prometer mucho, la obra parece más bien un “ejercicio existencialista” con envoltura estoica, como forma de *salvarse* individualmente, porque (*De la Ira, III*) “todo está perdido cuando la fortuna permite todo lo que la cólera aconseja y no puede ser muy duradero un poder que se ejerce para el mal de muchos, puesto que peligra tan pronto como el miedo común obra la unión de los que gimen uno por uno. Así la mayor parte de los tiranos fueron degollados ora por individuos, ora por todos los súbditos a una, cuando el sufrimiento público forzó a unir en una sola ira todas las iras individuales”.

Seguramente el filósofo cordobés se desesperó muy pronto de obtener esta unión en una sola ira de las iras individuales suscitadas por la tiranía, porque tres años de destierro en Córdoba no justifican la vilísima adulación a Claudio en su *Consolación a Polibio*, escrita el año 44 con ocasión de la muerte del hermano del liberto Polibio, favorito del emperador. Por eso, obnubilado por el servilismo de su ídolo, exclama Justus Lipsius: “¡Es una vergüenza, es una vergüenza! Fue un malsín, un enemigo de Séneca y de su gloria pura quien nos la transmitió.” Pero, la vergüenza ¿es del conservador de la *Consolatio* o de Séneca? Porque mendigando el levantamiento del destierro, llega a escribir: *¡Feliz clemencia la tuya, oh César, que ha conseguido que lleven bajo tu gobierno una vida más tranquila los desterrados que llevaron bajo Calígula los príncipes!* Y aún excusa la pobreza de sus palabras por estar —dice— “abrumado de males propios y no será fácil ocurrírsele palabras latinas a un hombre en cuyo derredor suena el aullido inarticulado de los salvajes, insufrible aún para bárbaros un poco civilizados”.

## 2. “FILOSOFÍA” DEL PODER

Tal vez, el humor agrio de Claudio prefiriese para Séneca la *tranquilidad de un príncipe*, pues lo mantuvo cinco años más en Córcega, oyendo aullidos inarticulados. Y Séneca no se lo perdonó, aunque callase mientras vivía Claudio, como demuestra la *Apolokintosis* publicada a su muerte. Lorenzo River cree que Séneca nunca debió perdonarse la flaqueza vil de la *Consolación a Polibio* y sus inmundas adulaciones, y como reacción el *moralista austero* degeneró en *libelista virulento*. Pero, en verdad hay algo más que virulencia de libelista vengativo, porque, ciertamente no sólo se ensaña con Claudio —miserable imbécil, cuya postrer palabra fue, según Séneca: “¡Ay de mí! Pienso que me he ensuciado. Y cierto fue que lo ensució todo”— sino que refuerza asimismo, con inefable servilismo, su valimiento con su discípulo, ya emperador, Nerón:

“Las Parcas tejen níveo vellón en hilera hermosa de siglos de oro y Febo les dice: No cortéis nada; supere el tiempo la vida mortal, ese que en rostro se asemeja (por ser pelirrojo) y se me asemeja en hermosura y ni en canto ni en voz es a mí segundo. A los cansados mortales devolverá los siglos venturosos y romperá el silencio impuesto a las leyes. Cual surge el lucero precipitando la huida de los astros; cual surge el Véspero cuando retornan las estrellas; cual la Aurora ruborizada desvaneciendo las tinieblas... tal César aparece. Así Roma va a contemplar a Nerón.”

Quizás fue más la envidia que la pureza la que movió los reproches contemporáneos a la conducta del moralista Séneca. Petronio lo llama tan gran farsante como filósofo, anticipándose a juicios tan duros como el de Franzero (Nerón, su vida y su época, 1956, 33): “Séneca, al fin y al cabo, fue un hombre de su tiempo. En lo más profundo de su corazón era un astuto oportunista, cuyos moralizadores discursos y libros disimulaban su debilidad. Fuera de su biblioteca no era sino un retórico que podía engañarse pensando que estaba realizando una misión y preparando para Roma el soberano ideal, un nuevo Augusto.”

Estos reproches al hombre no afectan a su obra escrita ni sobre todo a la trascendencia de ella, aureolada por su muerte, que *un bel morir tutta una vita onora*, pero las críticas de su tiempo sí que afectaron al hombre Lucio Anneo Séneca. Hay en sus obras mucho de autodefensa, mucho de justificación, de su conducta y de su “filosofía” del poder. De lo que en Roma se decía contra el encumbrado cordobés se hace eco Séneca mismo al contestar a quienes lo critican: Hablar más fuerte de lo que vives, bajar el tono de las palabras ante el superior, amar al dinero, desconcertarse por los perjuicios, verter lágrimas poco estoicas por la muerte de la mujer o el amigo, cultivar la fama, afectarse por las palabras maliciosas, cuidar excesivamente los campos, cenar poco filosóficamente, tener un ajuar reluciente, vino más añejo que él mismo, gallineros, árboles de sombra, pendientes para su mujer que valen más que la dote de una familia opulenta, esclavos jóvenes con vestidos preciosos, servicio lujoso en la mesa con vajilla de plata y un maestro trinchador. Y tener posesiones allende el mar (Egipto, Inglaterra) más de la que conoce y más esclavos de los que puede retener su memoria.

No parece ser sólo la envidia sino la voz de sus colegas estoicos la que resuena aquí, en estas palabras en las que hay hasta un trasfondo de vanagloria, confirmado cuando Séneca contesta: “nadie condenó la sabiduría a la indigencia.”

Más justificativas son de su servilismo las que escribe al contar (*De los Beneficios*, II, XII): “Calígula dio la vida a Pompeyo Peno, si es que la da quien no la quita. Después de absuelto, dándole Pompeyo Peno las gracias por el favor, Calígula le dio el pie izquierdo para que lo besase. Los que excusan este acto y dicen que no lo hizo por insolencia, afirman que le

quiso mostrar la chinela dorada o mejor de oro adornada de perlas... ¿Qué tiene de afrentoso el que un varón consular besase oro y perlas, si por otro lado no podía escoger parte que besar con menos asco?"

Nadie condenó la sabiduría a la indignancia, pero la conciencia de Séneca no estaría muy tranquila cuando le escribe a Lucio (carta LXXVI):

"No dirás que una espada es buena porque tenga el tahalí de oro ni su vaina incrustada en pedrería, sino cuando tiene bien buido el filo para cortar y la punta capaz de perforar cualquier coraza. A una regla no se le pide que sea hermosa, sino que sea recta... No importa nada, pues, respecto al hombre cuántas tierras labre ni cuánto caudal tenga en interés ni por cuántos sea saludado, ni cuánto costó el lecho en que duerme, ni en qué transparente vaso beba, sino cuánta sea su bondad. Y es bueno si su razón es recta y amplia y acomodada a lo que reclama su naturaleza."

Pero además de la conciencia, Séneca a los 68 años tiene una gran experiencia imperial. En la *Apolokintosis*, sin contradicción coetánea, acusa a Claudio del asesinato de 35 senadores, 221 caballeros y otros ciudadanos, en fin, tan numerosos como la arena y el polvo. Claudio mismo murió envenenado y Británico y Agripina. Séneca debió conocer el sistema. Y lo temía. El año 62, cuando toman vuelo las maniobras de Popea y Tigelino, cuando le llega la muerte —tal vez acelerada imperialmente— a Burro, el viejo jefe de la guardia pretoriana, Séneca solicita audiencia de Nerón para pedirle su retirada como ministro supremo. Más aún, recordándole sus catorce años de servicio, ocho de ellos en su reinado, le dice según nos cuenta Tácito: "Has acumulado en mí tantas honras y riquezas tantas, que no falta otra cosa a mi felicidad sino su propia moderación... ¿Y soy yo, Séneca, el nacido simple caballero en el fondo de una alejada provincia, quien ahora me encuentro entre los más grandes de la Ciudad?" La ayuda que suplica al emperador en su vejez es que una a sus riquezas las de Séneca y le permita una serena pobreza filosófica. Pero Nerón no las admitirá porque el desinterés granjearía a Séneca las más puras alabanzas, y al emperador la tacha de avaricia y el aterrorizar con su crueldad. Hasta expresó su sentimiento por la pérdida de sus servicios.

Tres años quedaban a Séneca de vida. Su retiro filosófico le impuso una vida austera en medio de sus riquezas y se preparó para la muerte, de acuerdo con las ideas que expone en sus cartas a Lucilio, tan bien que, al llegarle, la recibió brindando por Júpiter Liberador.

### 3. EL PODER DE LA FILOSOFÍA

Ante la vida, según Epicteto, hay sólo dos actitudes: Soportar o renunciar. Cuando no se puede soportar, la libertad se obtiene con la muerte. Séneca mismo nos da muchos ejemplos en sus escritos de cómo con el suici-

dio consiguieron la libertad muchos. Pero la vida entera, como enseñó Sócrates, es una preparación para la muerte —nacer es empezar a morir— y Séneca no llegó, como no llegó la filosofía antigua a sobreponerse al miedo a la muerte por la esperanza de una dicha supraterrena, sino por el desprecio filosófico a los bienes de la vida terrenal.

En su carta LXX a Lucilio, se aparta Séneca, sin embargo, del suicidio estoico con un más alquitarado estoicismo: “Necedad es morir por miedo a la muerte. Viene ya quien te mate: aguárdale. ¿Por qué te adelantas? ¿Por qué te haces agente de la crueldad ajena? ¿Envidias a tu verdugo o le dispensas el trabajo?... Sólo la ciencia del morir llegará inexorablemente el día en que tendrá que ser aplicada.” Cuando le llegó a Séneca la esperó con serena ciencia del morir y el miedo no aceleró su muerte: se la dejó aplicar.

Ya desde Tácito es modelo la muerte de Séneca, que la pintura histórica consagró, igualándola para la posteridad con la socrática a la que dio similitud la cícuta coadyuvante. Por su muerte se libera la personalidad de Séneca de la ganga imperial que soportó en vida.

Però ¿y Paulina, su segunda mujer? La trascendencia moralizante del filósofo y su fama, el ejemplo de Paulina y aún la huella de Trajano y Adriano, también hispánicos, tal vez permita barruntar cierta revalorización feminista que matizará en el siglo II la sociedad romana. A las fuertes matronas romanas sucederán estas heroicas esposas que acompañan en la muerte a sus esposos, como Sextia, esposa de Emilio Scauro, bajo Tiberio, o Paxea, esposa de Pomponio Labeo. Y más aún Arria, esposa del senador Caccina Paetus, condenado a muerte por Claudio, que anunció su sacrificio voluntario. Trasea, su yerno —condenado más tarde por Nerón— quiso disuadirla diciéndole que su acto sería un mal ejemplo para su mujer, también llamada Arria, pero la madre cuando llegó la hora se hundió el puñal en el pecho y sacándolo lo tendió a su esposo diciéndole: ¡Peto, no duele! (PLINIO EL JOVEN, *Epíst.* III, 16).

Paulina quiso morir también con Séneca, abriéndose las venas igualmente, pero desvanecida y perdonada por Nerón, sobrevivió a su esposo, para convertirse, exangüe y dolorosa, en el modelo romano de ternura conyugal durante el reinado de Trajano. Seguramente Paulina participaba en los coloquios, estudios y disquisiciones filosóficas de Lucio Anneo Séneca, porque en él se encuentran ideas nuevas para el tiempo y sociedad romanos sobre la mujer. Así, cuando le dice a su madre la española Helvia: “Pero cuanto el rigor a la antigua de mi padre te lo consintió, si no penetraste a fondo todas las buenas artes de los estudios liberales, al menos las degustaste. Plugiese al cielo que mi padre, el mejor de los maridos, estuviera menos aferrado a las usanzas de nuestros mayores y hubiese querido que fueses no ya iniciada sino formada en los preceptos de la sabiduría.”

Ideas como estas de Séneca y ejemplos como aquellos de Sextia y Paxea, de Arria y Paulina, serían los que en tiempos de Adriano obligaron

a una legislación diferente para las nupcias. No bastaba el consentimiento de los esposos, sino el libre asentimiento de la doncella: *Nuptiae consensu contrahentium fiunt, nuptiis filiam familias consentire oportet* (*Digesto*, XXIII, 1, 11), porque, como remachará Ulpiano (*Digesto*, L, 17, 30): *Nuptias non concubitus sed consensus facit*.

\* \* \*

En una villa cercana a Pompeya fue hallado hace años el tesoro de Boscoreale, que hoy se custodia en el Louvre. A este tesoro pertenece una copa de plata, en cuyos relieves podemos ver un símbolo de cuanto hemos querido expresar sobre la circunstancia imperial que tocó vivir a Séneca: sobre un altar hay dos calaveras; encima de la calavera de la izquierda hay una bolsa de dinero con la inscripción en griego *Sabiduría*; sobre la calavera de la derecha, un rollo de pergaminos con la inscripción *Opiniones*. Luego hay tres esqueletos, el primero de los cuales lleva en la mano una bolsa de dinero y escrito sobre ella *Envidia*; en la mano izquierda, una mariposa, símbolo del alma. Sobre los tres esqueletos campea la leyenda:

“Goza de la vida mientras aún es tiempo, pues el mañana es incierto.”

Si Séneca no tuvo en su vajilla ésta u otra copa semejante, la filosofía que pretende representar el artista, recoge mucho del humano vivir de nuestro filósofo, muerto hace XIX siglos.